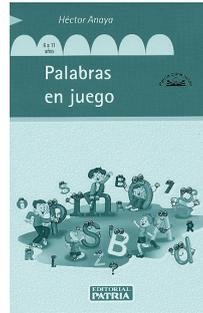


Palabras en juego

de Héctor Anaya

Laura Esquivel



Antes que nada quiero agradecer a Aarón Chyeta, Troya Achane, o Chayane Tora, mejor conocido como Héctor Anaya, que me haya invitado a presentar su estupendo libro de cuentos. A todos nos gustan los cuentos, a mí en particular y éste en especial, porque me habla de aquello que me interesa oír. Creo que básicamente todos los

seres humanos decimos lo mismo porque en general nos preocupan las mismas cosas. Tenemos los mismos miedos y nos afectan problemas similares. Tal vez por eso los cuentos no pierden su vigencia. Se repiten una y otra vez y siempre funcionan, pero creo que para que sean más efectivos tienen que adecuarse a la época actual por medio

de la utilización de un lenguaje diferente, de otra manera la historia que nos cuentan no nos parecería familiar, no la reconoceríamos.

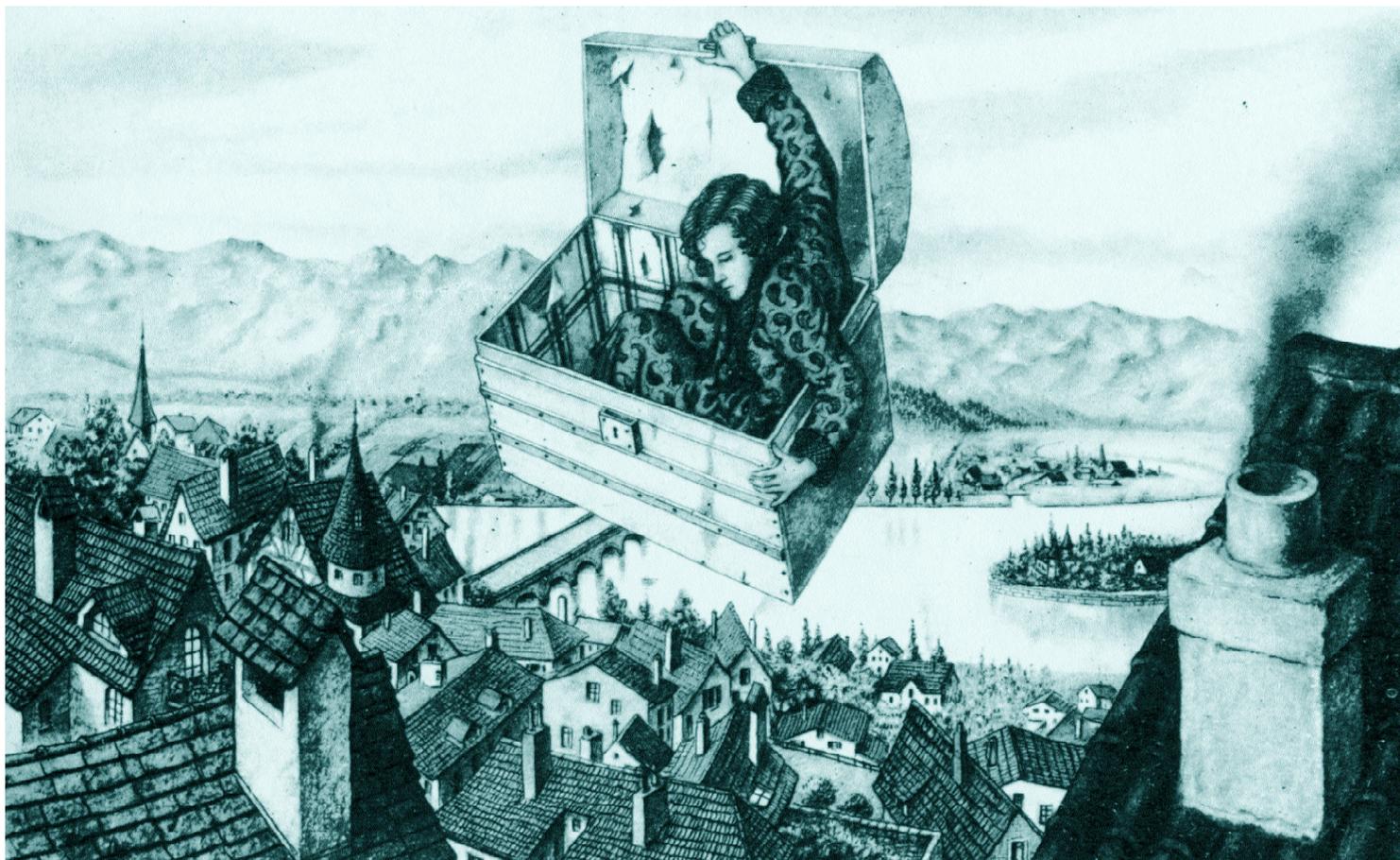
Esa es la habilidad del “cuentacuentos” y a Héctor le sobra. Él juega con toda libertad con personajes, con historias y más que nada con las palabras. El juego de la palabra es lo que te permite apropiarte del lenguaje. Y sólo aquél que es dueño del lenguaje puede jugar con él. Héctor se permite, porque puede, porque sabe, renovar el decir pues tiene el talento para acercar las estructuras universales a nuestro ámbito familiar, de manera que las sintamos propias, conocidas, pero al mismo tiempo, siempre nuevas.

Ese es uno de los aspectos más fascinantes de su libro, que las palabras toman distintas formas, diferentes significados, cambian, evolucionan, se transforman, en otras palabras, tienen vida.

Antes de continuar y para estar acorde con el tono de autenticidad con el que este libro fue escrito, tengo que hacerles una confesión. Cuando no lo conocía, yo consideraba a Troya Achane como un adulto, como un señor serio y aburrido, de esos que se la pasan criticando a los demás, que siempre están inconformes con todo y que nunca dejan escapar una sonrisa ni por error. Hace poco tuve el placer de conocerlo y, para mi sorpresa, descubrí que Héctor Anaya es un hombre inteligente, sí, buen escritor, también, pero simpático, cálido y muy divertido. En pocas palabras, Héctor es un adulto con el que puedo jugar, con el que puedo cambiar las letras que forman su nombre una y otra vez sin que se enoje, pues él mismo ya lo hizo en su prólogo; con el que puedo reír, con el que puedo compartir un mundo que a mí me maravilla: el de los niños.



Héctor Anaya



El espíritu infantil es siempre el espíritu del arte, es decir, el que tiene la capacidad y el derecho de renombrar las cosas y resucitarlas para volver a colocarlas en la realidad, para mostrarlas de una manera nueva y dejarnos estupefactos con su metamorfosis. En el mundo de los niños encuentro una fuente transformadora inagotable, una capacidad única para imaginar y convertir en un solo segundo una mesa en un barco, en una isla o en un agujero negro.

Cuando uno es niño y pinta un árbol morado, nunca falta por ahí un adulto comedido que rápidamente se encarga de informarle al pobre infante que no hay árboles morados. En mi caso, tuve la fortuna de contar con un padre al que no le extrañaba en lo más mínimo que hubiera árboles de ese color sino que era capaz de imaginar con la misma frescura de un niño árboles rojos, azules, anaranjados e, inclusive, árboles transparentes. A su lado pasé tardes maravillosas riendo, imaginando, creando historias.

Fue un padre y un abuelo tan sensacional que en una tarde de juegos podía convertirse en trueno, en árbol, en leñador, en

rey de chocolate, en manzana o en viento. Su imaginación no tenía límites. Su ternura tampoco. Estoy segura que si viviera, habría gozado enormemente el libro que Héctor escribió para todos nosotros, inspirado en la cercanía que tiene con sus nietos y con los niños en general, pues Héctor es un educador nato. Con sus historias uno aprende divirtiéndose. Y es claro que para Anaya el mundo infantil no tiene secretos, sabe cómo acercarse, cómo decir, cómo enseñar, cómo dejar siempre una puerta abierta a la imaginación, al cambio. Y eso es quizá lo que más me gusta de *Palabras en juego*, la forma en que Héctor nos sorprende con los diferentes significados de las palabras.

El mundo de los adultos es un mundo de significados únicos, por lo mismo, es previsiblemente aburrido. El mundo infantil no lo es, pues los niños, en su pureza, aún no adquieren los prejuicios que la razón impone y, en consecuencia, para ellos las cosas no son la realidad definida que los adultos queremos imponerles. El niño es como un espejo intocado que tiene en sus manos el poder de designar las cosas para

liberarlas de su pesada carga de significado único que los adultos les hemos impuesto. El poder de la creación les permite a los niños ser dueños de sí mismos y de la realidad que viven y que inventan; les permite descubrir, analizar, sentir, entender y liberarse de las muchas opresiones que nos amenazan: la primera y más grave, la falta de imaginación.

Si conservamos intacto en los niños el poder de la creación vamos a formar seres humanos más libres, más responsables de su existencia, más conscientes de su seguridad y de la de los otros, con más capacidad de amarse a sí mismos y a los demás. Si los niños aprenden que el mundo de los significados es enorme y que ellos, como creadores, pueden inventar formas, colores, sabores, vamos a devolverle a la humanidad el poder divino de transformar y de transformarse. Y si Héctor nos sigue regalando esta clase de libros no dudo que así sea. **U**

Héctor Anaya, *Palabras en juego*, Editorial Patria, México, 2004, 120 pp.